

RITUAL FUNERARIO Y *STATUS* SOCIAL: LOS COMBATES GLADIATORIOS PRERROMANOS EN LA PENÍNSULA IBÉRICA

La mención más antigua de combates de gladiadores¹ celebrados en la península Ibérica se refiere a aquellos que, con carácter funerario, fueron organizados en Cartago Nova por Cneo Escipión Africano, en honor de su padre y de su tío, en el año 207. El historiador Tito Livio (28, 21), contemporáneo de Augusto, los describe en los siguientes términos: «Escipión (Africano) volvió a Cartago (Nova) para cumplir sus votos a los dioses y celebrar el espectáculo gladiatorio que había dispuesto en honor de su padre y de su tío difuntos. La actuación de los gladiadores no estuvo en manos de la clase de hombres que los empresarios suelen enfrentar sacándolos de los tablados de esclavos y de libres que ponen en venta su sangre, sino que todo fue obra voluntaria y gratuita de quienes lucharon. Pues los unos fueron, en efecto, enviados por los régulos para dar ejemplo del coraje innato de su templo; otros se brindaron a luchas para dar gusto al general; otros los arrastró el afán de emulación y de lucha, a no rebuir ésta al provocar o ser provocados a ella. Algunos que no habían podido o querido zanjar sus diferencias en un pleito legal, tras ponerse de acuerdo en que el objeto de la disputa correspondiese al vencedor, dirimían el asunto con la espada. Hombre de linaje nada oscuro, sino preclaro e ilustre, de nombres Corbis y Orsua, primos hermanos y aspirantes al principado del pueblo que llaman Ibe, se comprometieron a disputárselo en duelo. Corbis era el de más edad; el padre de Orsua había sido príncipe últimamente, tras heredar el principado a la muerte de un hermano mayor. Cuando Escipión trató de discutir con ellos el asunto y de calmar sus iras, ambos declararon haberse negado ya a los ruegos de sus parientes en el mismo sentido "y que no aceptarían a ningún jefe de los hombres ni de los dioses si no era a Marte"... El mayor de los dos primeros confiaba en su fuerza, el menor en su juventud, y cada uno de ellos prefería morir en el empeño a vivir sometido a la autoridad del otro; de manera que al negarse ambos a desistir de su locura, ofrecieron al ejército un magnífico espectáculo, demostrando lo pernicioso que es el afán de poder entre los mortales. El mejor empleo de las armas y de la estedia del mayor superaron fácilmente a la fuerza bruta del más joven. Al espectáculo gladiatorio se sumaron juegos fúnebres en la medida en que los permitían los recursos de la provincia y el equipo de los cuarteles».

Este texto fue oportunamente destacado por A. Blanco²; se trata, en su opinión, de combates de gladiadores de carácter funerario como el que en origen tenían dichos juegos cuando fueron

¹ En general sobre los combates gladiatorios en el mundo romano, cfr.: G. Ville, *La gladiature en Occident des origines à la morte de Domitien*, Paris, 1981; J. C. Goloin, *Amphytheatres et Gladiateurs*, Paris, 1990. Más divulgativo es el libro de M. Grant, *Gladiators*, London, 1967. Para el Oriente del Imperio:

L. Robert, *Gladiateurs dans l'Orient Grec*, Paris, 1940.

² A. Blanco, «Las esculturas de Porcuna II. Hierofantes y cazadores», *BRAH* CLXXXII, 1988, pp. 5-16, a quien pertenece la traducción citada.

introducidos por los romanos. La novedad estriba en que *Carthago Nova*, como puntualiza Livio, los combatientes no eran gentes de baja extracción social –como solía suceder– sino combatientes voluntarios y gratuitos (*voluntaria omnis et gratuita opera*) e incluso aristócratas que aprovecharon la ocasión para resolver por las armas sus diferencias. A. Blanco, en su comentario al texto, escribe: «No es la primera vez que a los estudiosos del arte ibérico se les plantea el problema de los combates gladiatorios como actos rituales del culto fúnebre. Los duelos al son de la música de la cerámica de Liria, las luchas de los relieves de Osuna, los fragmentos de estatuas de guerreros combatientes recuperados de Elche (uno de ellos, el de una mano sujetando la pantorrilla protegida por una greba, de un rival, dado a conocer hace poco) sumados a los numerosos grupos escultóricos de Porcuna podrían ilustrar el impresionante relato de los generales de Viriato, con 200 parejas de luchadores combatiendo en honor del fallecido».

Este último combate de gladiadores al que se refiere Blanco, ha sido descrito por Diodoro Sículo (31, 21 a): *El cadáver de Viriato fue honrado magníficamente y con espléndidos funerales; hicieron combatir ante su túmulo doscientas parejas de gladiadores honrando de este modo su eximia fortaleza.*

Apiano (*Iber.* 71), por su parte, ofrece algunos otros datos sobre los funerales del caudillo lusitano: *«El cadáver de Viriato, magníficamente vestido, fue quemado en una altísima pira; se inmolaron muchas víctimas, mientras que los soldados, tanto los de a pie, como los de a caballo, corrían formados alrededor con su armas y cantando sus glorias al modo bárbaro y no se apartaban de allí hasta que el fuego fue extinguido. Terminado el funeral, celebraron combates singulares sobre su túmulo».*

Estos funerales consistían en el sacrificio de víctimas, en una parada militar alrededor del túmulo y en los mencionados combates de gladiadores. Dicho ritual así como los cantos guerreros y la parada militar mencionados son, rituales lusitanos que conocemos bien a través de las fuentes.

Los autores antiguos describen otros funerales que proporcionan datos sobre los rituales hispanos. Tito Livio (25, 17, 4) recoge la noticia de que en el año 212 a.C., «...dicen que Aníbal hizo elevar una pira a la entrada de su campamento, que el ejército desfilaron en formación, que los hispanos ejecutaron sus danzas típicas con los acostumbrados movimientos de armas y cuerpos». También menciona en este mismo párrafo una parada militar y danzas fúnebres. Este texto constituye el mejor complemento de la descripción de los funerales de Viriato, ya que los guerreros lusitanos, en compañía de los celtíberos, formaban la columna vertebral del ejército de Aníbal que invadió Italia (*Liv.*, 21, 43, 8).

Cabe advertir, en efecto, que el sentido funerario de estos combates gladiatorios es el mismo que también tuvieron en Roma, atestiguados desde mediados del s. III a.C., cuando en el 264 se celebraron por vez primera durante los funerales de D. *Junius Brutus Pera*. Servio, dice que los combates de gladiadores sustituyeron a los sacrificios humanos realizados sobre la tumba de personajes importantes a fin de aplacarlos: *institutum est ut apud sepulcra et victimae caedantur; apud veteres etiam homines interficiebantur, sed mortuo Junio Bruto, cum multae gentes ad eius funus captivos mississent, nepos illius eos qui missi erant inter se composuit, et sic pugnaverunt...* (*ad Aen.*, 3, 67). Por su parte Tertuliano –coincidiendo con Servio, quizá al seguir como éste a Varrón– escribe: «como se consideraba que las almas de los difuntos se propiciaban con sangre humana (*Nam olim, quoquoniam animas defunctorum humano sanguine propitiari creditum erat*), (los antiguos) inmolaban en el curso de las exequias prisioneros o siervos jóvenes adquiridos para la ocasión. Después pareció oportuno disimular la impiedad con el placer para lo cual, después de haberlos preparado para hacerse matar, enseñándoles a usar bien o mal las armas

entonces disponibles, los llamaban a morir en el día fijado para las exequias ante las tumbas...» (*De spect.*, XII, 2, 4).

Ese origen común de los juegos gladiatorios —celebrados durante el transcurso de los *ludi funebres* en honor del muerto— no es, sin embargo, argumento suficiente para pensar en una adopción de los mismos por las poblaciones hispanas prerromanas.

Al contrario, nuestro criterio —desarrollando lo que ya Blanco supuso advertir— es que varios siglos antes de la llegada de los romanos a la península ibérica en el 218 a.C., se celebraban en ella combates sangrientos —como parte de los rituales funerarios— similares a los de Roma y sobre todo, con anterioridad a éstos, a aquellos que nacieron en la Campania.

En este sentido nos parece equivocada la tesis, sostenida hace algunos años por G. Ville, según la cual, «dans la seconde moitié du II siècle et, en tout cas, dès le début du III siècle, la gladiature s'est répandue dans l'influence de Rome», extendiéndose fuera de Italia a Hispania³. En su opinión el *munus* celebrado por Escipión en Cartagena es una «imitación episódica» de los juegos romanos y, en general es bajo la influencia romana cuando surge una gladiatura a la cual los indígenas dan sus «formas originales y nacionales».

OBULCO

Las esculturas de guerreros de Obulco, la actual Porcuna⁴, en la provincia de Jaén, constituyen nuestro principal argumento en contra de tal hipótesis. Dichas esculturas se fechan a partir de mediados del s. V a.C.; son obras de varias manos y quizá de diferentes talleres. Decoraban un *heroon* y escenifican los rituales fúnebres de personas de importante condición social en él enterradas. Representan combates de guerreros, pugilato y aparecen jinetes descabalgados (probablemente alanceando al enemigo) y carros. La mayor parte de las esculturas están concebidas para ser vistas desde todos los ángulos; es decir: eran exentas. Las figuras reconstruidas son más de 40 y están fabricadas en piedra local, lo que indica que se esculpieron sobre el lugar. En su mayor parte están machacadas, lo que prueba que se debieron de destruir muy pronto, como consecuencia de los enfrentamientos de unas tribus contra otras, de los que habla Estrabón (3, 4, 5).

Entre las esculturas de guerreros de Obulco, destaca un jinete, a pie (fig. 1), que viste un corselete de cuero o, quizás, de lino ceñido al cuerpo con unas anchas bandas; lleva la *caetra*, el escudo redondo típico de los guerreros hispanos y protegen el pecho y los hombros unas grandes faleras de metal que han aparecido en la necrópolis de aguilar de Anguita así como en un guerrero de Elche, con gran pectoral circular sobre el pecho. También los cinturones que llevan los guerreros de Obulco han sido hallados en Maquiz, Elche, Despeñaperros y Urso; posiblemente tenían un carácter apotropaico⁵. El brazo de uno de los guerreros de Obulco está ceñido por cuatro brazaletes. Un puñal corto, que lleva adosado otro de menos tamaño, cuelga del cinturón.

³ G. Ville, *op. cit.*, pp. 49-50. Sobre los cantos de victoria a los que antes nos referíamos, vid. J. M. Blázquez, *Imagen y Mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*, Madrid, 1977 *passim*.

⁴ J. González Navarrete, *Escultura ibérica del Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén)*, Jaén, 1987. J. M. Blázquez - J. González Navarrete, «The Phokaian Sculpture of Obulco in Southern Spain», *AJA* 89, 1985, pp. 61-69. J. M. Blázquez, «Arte griego en España. Las esculturas de Obulco (Porcuna, Jaén)», *Goya* 205-206,

1988, pp. 2-14. J. M. Blázquez, *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1992, pp. 387-421. A. Blanco, «Las esculturas de Porcuna 1. Estatuas de guerreros», *BRAH* CLXXXV, pp. 205-234. I. Negueruela, *Monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén). Estudios sobre su estructura interna, agrupamientos e interpretación*, Madrid, 1990.

⁵ M. Almagro Basch, «Los orígenes de la toreutica ibérica», *TR* 36, 1979, p. 178, fig. 3. Sobre el significado de estos bronce: J. M. Blázquez, «Cinturones

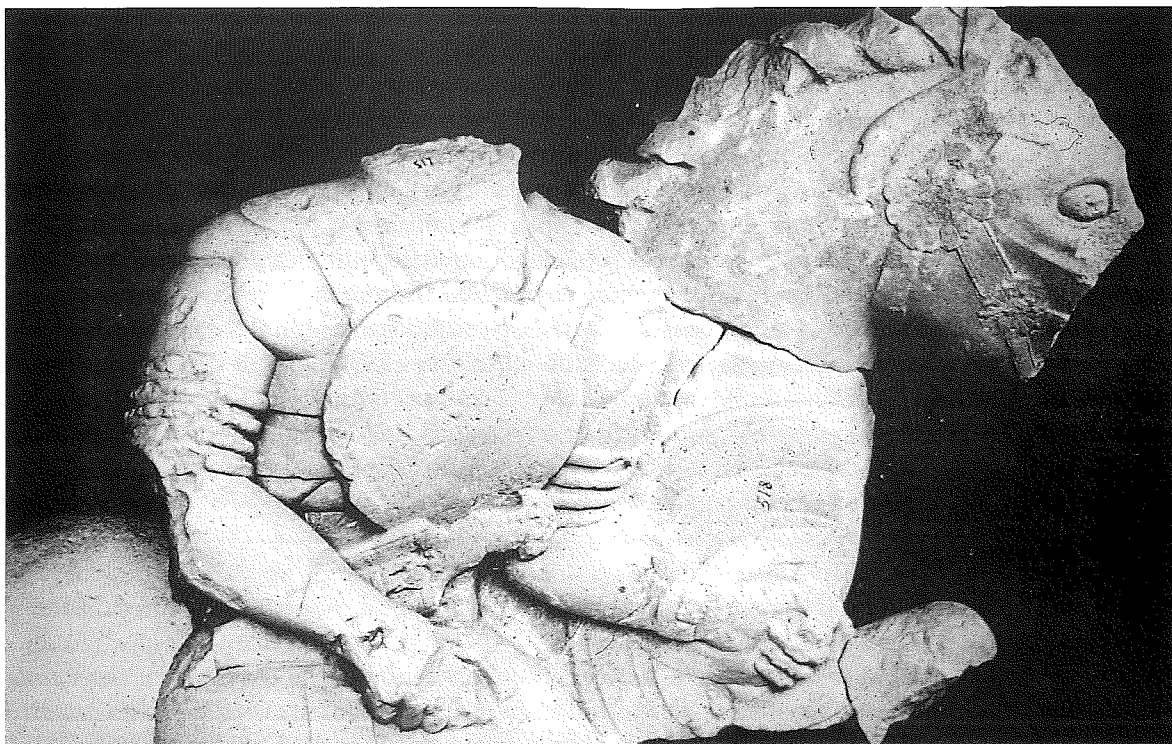


FIG. 1. Obulco. Jinete a pie.

Visten estos guerreros la túnica corta de los hispanos que también llevan algunos guerreros en los bronce de Despeñaperros y el guerrero de Pozo Moro⁶.

Un grupo de Obulco representa a dos guerreros en lucha, uno de ellos caído a tierra, ya muerto o moribundo, a los pies del vencedor. Esto prueba que dichos combates fúnebres acaban con la muerte del vencido. La presencia de un combatiente muerto viene corroborada por las patas de un ave grande, posiblemente un buitre, sobre el hombro del vencido. Recordemos lo que tanto Silio Itálico (3, 347; 13, 47) como Eliano (*de nat. anim.*, 10, 22) nos dicen sobre la exposición de los muertos a las aves carroñeras⁷.

De las esculturas de Obulco se han reconstruido cinco escenas de lucha entre pares de guerreros (10 combatientes). Uno de ellos lleva una cinta que ciñe su pelo, al igual que en algunos guerreros de Despeñaperros; el pecho, cubierto con una coraza del tipo de la anteriormente descrita (sujetada igualmente por anchas bandas), es atravesado por una lanza que le sale por la espalda (figs. 2 y 3).

En otro grupo luchan dos hombres desarmados; el artesano turdetano ha logrado captar magníficamente el esfuerzo de la lucha en la actitud encorvada de los cuerpos y en la disposición de los brazos entrelazados.

sagrados en la Grecia Antigua», *Apophoreta Philologica Emmanneli Fernández Galiano sodalibus oblata* I EC 88, 1989, pp. 331-337; Id., «Cinturones sagrados en la península ibérica», en *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch* II, Madrid 1983, pp. 411-420.

⁶ Polibio 3, 114, escribe de los iberos que lucharon en Cannas con el ejército de Aníbal que *iban*

cubiertos con túnicas de lino de color púrpura, según la costumbre de su país. Por su parte, Estrabón (3, 3, 6) afirma de los lusitanos que *algunos usan armaduras metálicas, pero la mayoría usa corseletes de lino*.

⁷ Una estela de Lara de los Infantes, otra cántabra y dos vasos de Numancia confirmarían las fuentes.

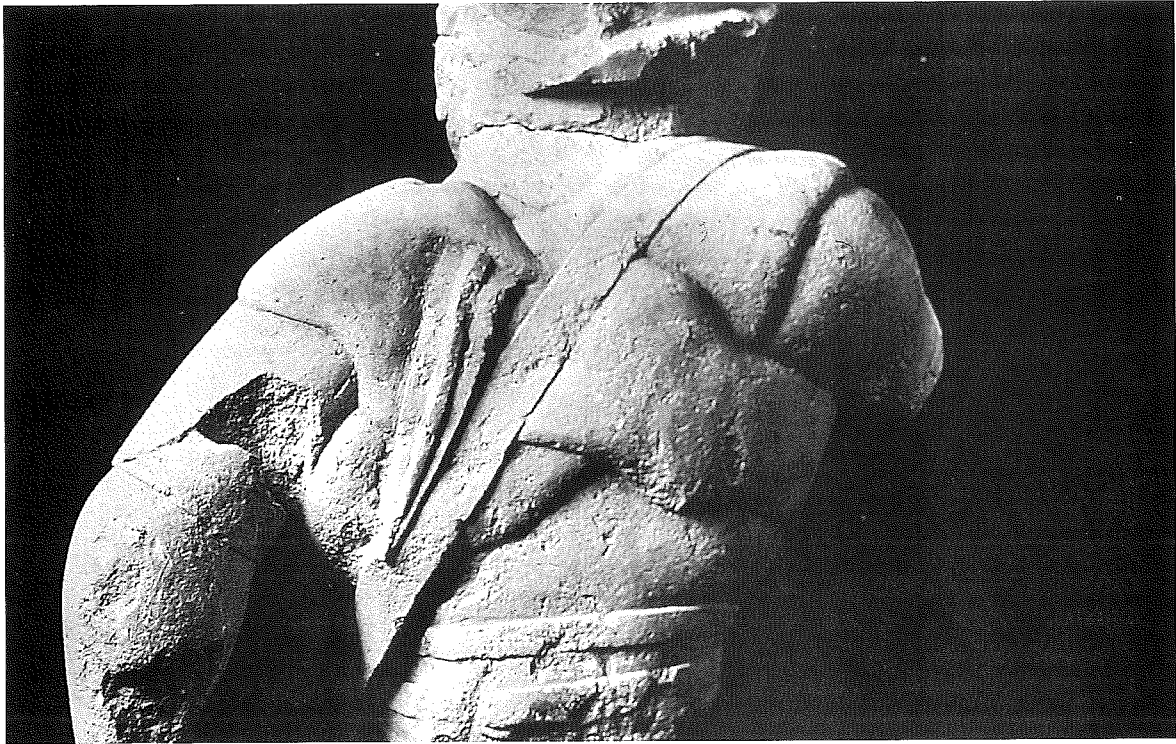


FIG. 2. *Obulco. Guerrero atravesado por una lanza.*

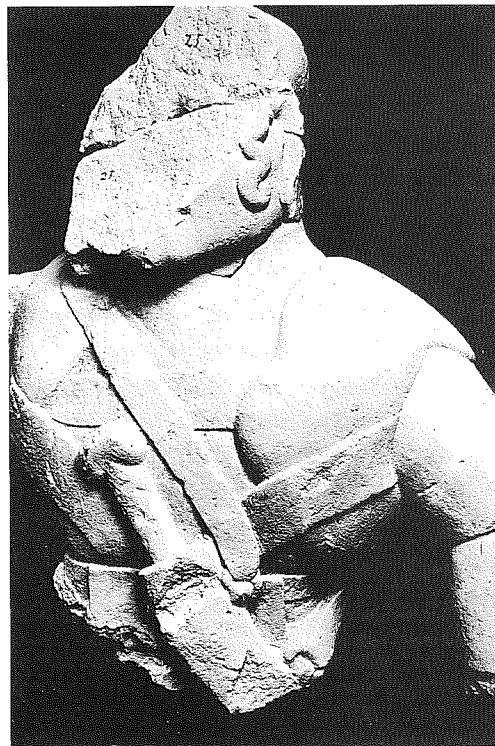


FIG. 3. *Obulco. Guerrero atravesado por una lanza.*

Una de las cabezas de guerrero —estudiada recientemente por Ivan Negueruela— es de singular importancia: va cubierta por un casco cimero con cuernos adosados a los lados laterales del mismo; el casco lleva, como otros de Obulco, apliques de bronce. Los prototipos de este tipo de casco fueron encontrados por A. Blanco en monedas de Focea⁸.

También es de singular importancia un guerrero (sin piernas), que viste un coselete sujeto por anchas bandas y túnica corta. Del cuello cuelga un escudo (fig. 4) circular cóncavo que responde —salvando las diferencias entre unos y otros— a la descripción estraboniana del guerrero lusitano: «Su escudo es pequeño, de dos pies de diámetro, y cóncavo por su parte anterior; lo llevan suspendido por delante con correas y no tiene, al parecer, abrazaderas ni asas» (3, 3, 6).

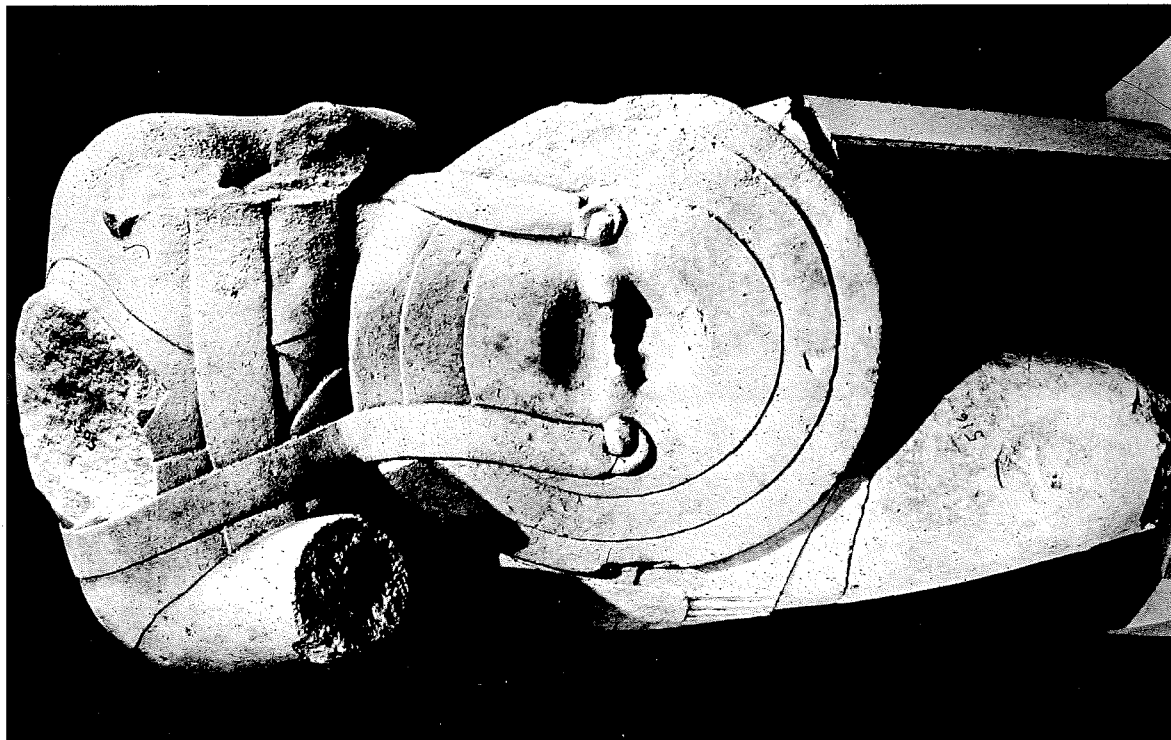


FIG. 4. Obulco. Guerrero con escudo.

Por otra parte, las armas representadas en estas esculturas son las propias de los pueblos del interior de la Meseta; en tumbas de Cástulo también ha aparecido mucho material típico de esta misma zona⁹. El jinete a pie, delante de su caballo, que alancearía a un guerrero caído, confirmaría lo que Polibio dice (*fr.* 95) sobre la costumbre de los jinetes celtíberos de bajar del caballo y luchar a pie. Las esculturas de Obulco representan probablemente guerreros celtíberos que

⁸ Al estudiar esta pieza, A. Blanco recordó dos textos de Diodoro. El primero (5, 30, 2), dice: *usan (los galos) cascos de bronce con grandes figuras en relieve que hacen parecer de gran tamaño a quienes los llevan pues en algunos casos sueldan al casco cuernos que simulan formar cuerpo con él y en otros, representaciones de aves y de cuadrúpedos*. Y el segundo (33, 3): «cubren sus cabezas (los celtíberos)

con cascos de bronce adornados con cimera de púrpura». Estrabón, por su parte (3, 3, 6) señala, refiriéndose a los lusitanos: *la mayor parte lleva corazas de lino y pocos cotas de malla y cascos con tres cimera*».

⁹ M. P. García Gelabert, J. M. Blázquez, *Cástulo (Jaén). I. Excavaciones en la necrópolis ibérica del Estacar de Robarinas (s. IV a.C.)*, B.A.R. International Series 425, 1988.

luchaban en Turdetania, como mercenarios (Liv., 34, 19), como más tarde hicieron al servicio de los romanos (Liv., 24, 49, 7).

El caudillo Indortes, que dirigió –al servicio de los turdetanos– la guerra contra Amílcar (quien posteriormente le capturaría, sometiéndole a torturas y crucificándole), lleva un nombre celtíbero¹⁰. En este sentido, según la hipótesis de Blanco, los guerreros de Obulco podrían ser túrdulos indoeuropeos establecidos en Tartessos como mercenarios de sus huéspedes; los túrdulos de Turdetania procederían de los *turduli veteres* del sur del Duero (Mel., 3, 8; Plin., 4, 112).

OTROS MONUMENTOS: ELCHE Y OSUNA

En Elche y Osuna tenemos otros dos casos más¹¹. En Illici, se levantó un monumento, quizá un *heroon*, al que pertenecen las esculturas de guerreros, fechadas en la segunda mitad del s. V a.C., que participarían en combates cruentos en honor del difunto.

En el *heroon* de Urso (Osuna, Sevilla), fechado en el s. III a.C., se representan también estos combates sangrientos así como paradas militares de carácter funerario. Estos relieves debían de decorar uno de los monumentos funerarios construidos en la acrópolis de la ciudad y cuyos bloques fueron utilizados en la muralla levantada por los pompeyanos durante la guerra civil. En un sillar angular que probablemente perteneció a un friso, se representaron dos guerreros enfrentados en cada uno de los extremos. El situado a la derecha va armado con una falcata ibérica y protegido por un escudo oval (típico de La Tène II), mientras un casco con penacho cubre su cabeza; un ancho cinturón ciñe su cintura y una banda roja rodea su cuello. Su contrincante, en estado muy mal conservado, viste una túnica y coraza pintadas, lleva casco de cimera y escudo oval. Un tercer guerrero, a pie, se protege con un escudo oval, del tipo de los anteriores y levanta su espada sobre el hombro derecho.

De Urso procede también un guerrero caído, defendiéndose con una *caetra* de la acometida de otro (lo que hace pensar que, como ya hemos visto, los combates concluían sólo con la muerte de uno de los hombres) así como un negro, en tierra, con la garra de un felino sobre la cabeza; esta pieza autoriza a pensar que quizá siempre –dentro de los rituales fúnebres– se celebraran luchas con fieras.

En suma: los rituales fúnebres de Obulco y Osuna, son indígenas, como indica –en este segundo caso– el armamento y los cascos y confirmarían los combates y, posiblemente, la parada de jinetes de las que habla Diodoro Sículo en los funerales de Viriato. De todos estos datos se deduce que en la península ibérica existían combates y paradas militares que formaban parte del ritual fúnebre, celebrado siempre con ocasión de la muerte de reyezuelos o destacados personajes indígenas. Estos funerales serían anteriores a la introducción de los combates de gladiadores celebrados en honor de los hermanos Escipiones que encontraron un ambiente propicio para su rápida difusión en el mismo sentido funerario.

¹⁰ M. L. Albertos, *La onomástica personal primitiva de Hispania, Tarraconense y Bética*, Salamanca, 1965, 126.

¹¹ Para Elche: A. García y Bellido, *Arte ibérico en España*, Madrid, 1980, pp. 43-45, figs. 52-55. Para

Osuna, cfr.: A. García y Bellido, *op. cit.*, pp. 57-60, figs. 66-72. Id., *Arte ibérico. Historia de España 1, III*, Madrid, 1954, pp. 541-557, figs. 475-478, 480-487. M. P. León, *Plástica ibérica e iberorromana. La Baja época de la cultura ibérica*, Madrid, 1981.

UN PARALELO: LA MAGNA GRECIA

En efecto, en Italia, tanto entre los etruscos como entre las poblaciones de la Magna Grecia, se celebraban rituales parecidos de idéntico significado cuyo estudio contribuye sin duda a aclarar el sentido de los que se celebraban en la península Ibérica, si bien no puede, sin embargo, pensarse en un influjo de estas dos regiones itálicas sobre la Península Ibérica¹².

Así, los pugilistas de Obulco tienen un paralelo en sus congéneres de la Tumba de los Augures de Tarquinia, fechada en torno al 530 a.C.¹³. En esta misma tumba, otra escena representa un duelo sangrante entre dos personajes: el de la derecha viste túnica corta, cubre su cabeza con un birrete alto y picudo rematado por una especie de diadema a rayas y tapa su rostro, del que sale una barba postiza, con una máscara. En una inscripción se lee la palabra etrusca *phersu*, que significa propiamente "máscara", y, a través de una extraordinaria evolución semántica, después "personaje" en el lenguaje teatral y, por último "persona".

El hombre sostiene entre sus manos una cuerda que enrolla a las piernas y brazos de su adversario y cuya extremidad está atada al collar de un perro que se dispone a morder la pierna de otro combatiente, con cinturón y desnudo, y la cabeza envuelta en un paño blanco; su mano derecha empuña una maza. La sangre brota abundantemente de sus heridas¹⁴. Este mismo grupo se repite, con ligeras variantes, en la pared opuesta.

Se trata de un rito fúnebre que sólo aparece documentado en las tumbas llamadas de "Pulcinella" y de "la Olimpiada", en torno al 510 a.C., así como en un vaso etrusco de figuras negras¹⁵. En la primera, *Phersu* se sirve de un perro para defenderse, mientras su compañero lo hace con una maza.

Pallottino consideró que es difícil conocer el origen y significado de este ritual, que pudiera remontar a ritos muy antiguos de sacrificios humanos en honor del difunto, documentados ya en la Prehistoria y en las culturas protohistóricas del Próximo Oriente. Por su parte, Steingraber piensa que es muy probable que el juego de *Phersu*, relacionado con el ritual funerario etrusco, sea un precedente de los posteriores juegos etruscos de gladiadores. Tanto las pinturas de la "Tumba de los augures" como las de Colle Casuccini (en Chiusi), del s. V, representan, pues, juegos funerarios pero no gladiatorios.

Estos son documentados algo después (en la segunda mitad del s. III a.C.) quizá como desarrollo de la antigua costumbre (atestiguada desde el s. VI a.C.) de sacrificar prisioneros a los manes de sus guerreros muertos; los combates celebrados ante las tumbas de los guerreros permitían, además, que el vencedor sobreviviera. No obstante, sin que pretendamos entrar en los polémicos orígenes de estos juegos, parece que fue más la Campania y Lucania las regiones donde los juegos gladiatorios adquirieron sus rasgos clásicos.

Son las pinturas de Capua y Paestum (en la Campania) las que han proporcionado el más estrecho paralelismo con los juegos gladiatorios de los monumentos ibéricos, celebrados con

¹² Los mercenarios ibéricos sólo participaron en otros ejércitos a partir del año 480 a.C., fecha de la batalla de Himera en Sicilia. Tampoco puede admitirse un influjo cartaginés ya que los rituales púnicos consistían en sacrificios de hombres, como los 3.000 prisioneros sacrificados por Aníbal en honor de su abuelo Amílcar muerto en Himera en 480 a.C.).

¹³ M. Pallottino, *La peinture étrusque*, Ginebra, 1952, p. 39. M. Sprenger, G. Bartoloni, *Etruschi. L'arte*, Milano, 1983, pp. 79, 82. A. Giuliano - G. Buzzi, *Splendore degli etruschi*, Novara 1992, pp. 144-145. S.

Steingraber, *Catalogo ragionato della pittura etrusca*, Milano, 1984.

¹⁴ M. Pallottino, *op. cit.*, pp. 40-41. S. Steingraber, *op. cit.*, pp. 20-21. Sobre este espectáculo, cfr. J. Heurgon, *Vita quotidiana degli etruschi*, Milano, 1985, pp. 286 ss.

¹⁵ S. Steingraber, *op. cit.*, pp. 122, 333. M. Moretti, *New Monuments of Etruscan Painting*, Milan, 1970, p. 118. M. Sprenger - G. Bartolini, *op. cit.*, p. 90.

idéntico significado funerario. Combates de gladiadores aparecen representados en las tumbas de *Paestum*, fechadas en el s. IV a.C. Las parejas de gladiadores van totalmente desnudas o con un pantalón corto; protegen su cabeza con casco y se defienden con un gran escudo al tiempo que atacan con una lanza¹⁶ (fig. 5). En una de las tumbas (la nº 58, sobre la necrópolis de Andriuolo en Paestum), combate otra pareja de guerreros, vestidos, con casco empenachado (fig. 6); escenas parecidas se repiten en la lastra del lado sur de la tumba 24/1971 de la misma necrópolis, esta vez con combatientes desnudos protegidos por un casco con plumas, oscuro y grebas y armados con lanza y espada¹⁷ (fig. 7). Registros parecidos tenemos en la tumba 53 de la necrópolis de Andriuolo¹⁸ y en la 271 de la necrópolis de Arcioni, también en Paestum¹⁹.

El carácter fúnebre de este tipo de espectáculos viene confirmado por la presencia, en la citada tumba 58 de Andriuolo, de una esfinge, un flautista y una pareja femenina en actitud de duelo²⁰, fechada en el tercer cuarto del s. IV a.C. Recordemos que entre las esculturas de Obulco se encuentran sirenas y esfinges y aulistas entre las de Osuna. Destacan igualmente otras lastras pintadas, como la de la tumba 32 de la necrópolis de Andriuolo, con púgiles desnudos, datada en el segundo cuarto del s. IV²¹.

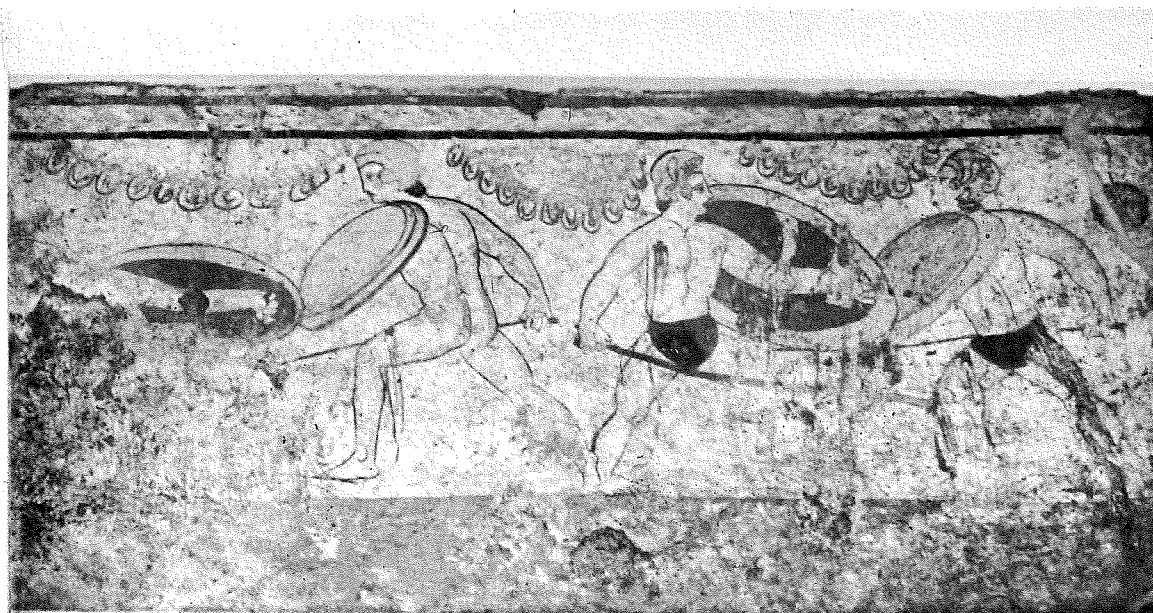


FIG. 5. Andriuolo. Parejas de gladiadores.

¹⁶ R. Bianchi Bandinelli - A. Giuliano, *Los etruscos y la Italia anterior a Roma*, Madrid, 1974, p. 238. Sobre Capua sigue siendo útil el trabajo de J. Heurgon, *Recherches sur l'histoire, la religion et la civilisation de Capua Préromaine*, Paris, 1970.

¹⁷ A. Pontrandolfo, *La pittura funeraria. Magna Grecia*, 362. En general sobre la ideología funeraria de los griegos del sur de Italia: L. Forti - A. Stazio, «Vita quotidiana dei Greci d'Italia», en *Megale Hellas. Storia e civiltà della Magna Grecia*, Milano, 1986, pp. 643-716.

¹⁸ A. Portrandolfo, *op. cit.*, p. 366.

¹⁹ A. Portrandolfo, *op. cit.*, pp. 364-365.

²⁰ R. Bianchi Bandinelli, *op. cit.*, p. 235. S. de Caro, *Arte e artigianato artistico nella Campania antica*. G. Pugliese Carratelli, *Storia e civiltà della Campania. L'Evo antico*, Napoles 1991, p. 304. A. Rouveret, *Tradizioni pittoriche magnogreche. Magna Grecia. Arte e artigianato*, Milan, 1990.

²¹ A. Rouveret, *op. cit.*, p. 327.



FIG. 6. *Andriuolo. Pareja de gladiadores.*



FIG. 7. *Andriuolo. Pareja de gladiadores.*

Jinetes aparecen frecuentemente representados en estas mismas lastras de Paestum, como en la hallada en la tumba nº 12 de la misma necrópolis de Andriuolo, del segundo cuarto del s. IV a.C. Llevan cascos de pluma y lanzas al hombro; una dama, le ofrece un recipiente. El carácter de esta escena es fúnebre, pero no alude a combates que formarían parte de dicho ritual, sino al retorno del guerrero vencedor. Escenas semejantes con el regreso del guerrero se repiten en la tumba nº 1 de la necrópolis de Vannullo (también en Paestum)²² y en la tumba de Spinazzo con cortejo triunfal²³. Un jinete sin armamento, a galope, se representa sobre la lastra norte de la tumba nº 271 de la necrópolis de Arcioni (Paestum), datada en el primer cuarto del s. IV²⁴. Se trata –en conjunto– de jinetes heroizados o idealizados como los que –con grandes cascos de cuernos se representan también en las pinturas de Nola y Capua.

No creemos –sin embargo– que los jinetes de las esculturas de Obulco y Usuna tuvieran este último significado, como es el caso, por ejemplo, del guerrero de Pozo Moro (Albacete)²⁵ o del jinete de la placa de Cástulo²⁶. Estos últimos tienen un equivalente también en los jinetes del monumento funerario de Jumilla (Murcia), fechado en el s. IV a.C.: están heroizados pero no intervienen en los rituales fúnebres²⁷.

En otras ocasiones, la escena representada es una batalla²⁸, como sucede en la lastra de la tumba 114 de la citada necrópolis de Andriuolo²⁹. De particular interés es la pintura de otra tumba de Paestum, hoy conservada en el Museo Nacional de Nápoles, con el regreso de los guerreros: una dama les ofrece un *skyphos*. La fila de guerreros está compuesta por un soldado samnita (fácilmente reconocible por su casco con cuernos) que lleva el estandarte arrebatado al enemigo sobre su hombro derecho, seguido de un segundo infante con casco emplumado, lanza y escudo y de un jinete con lanza así como de un siervo, a pie y desarmado³⁰. Representa el regreso victorioso de la guerra, pero no se trata de una parada militar, como la descrita por Diodoro en los funerales de Viriato; este tipo está representado, por ejemplo, en la base de la columna de Antonino Pío³¹ como parte del ritual funerario del emperador. En ella se representa una *decursio*, rito honorífico muy antiguo, en el que jinetes daban tres vueltas a la pira o al túmulo; eran seguidos de desfiles, carreras y combates simulados.

La parada militar mencionada por Diodoro Sículo en su *excursus* sobre los rituales de Viriato tiene una confirmación en la procesión de guerreros con máscaras sobre el rostro, precedidas de un músico enano que se representa sobre un vaso de Mula (Murcia), fechado en el s. IV³².

En la Italia del sur los combates de gladiadores eran ofrecidos durante el transcurso de los *ludi funebres* junto a combates de boxeo y carreras de carros, como atestigua la pintura funera-

²² A. Pontrandolfo, *op. cit.*, p. 373. El origen aristocrático de estos personajes representados es evidente como cabe reconocer en otras áreas de la península. Cfr. M. Gualtieri, «Rituale funerario di una aristocrazia lucana (fine V-inizio III sec. a.C.)», en *Italicí in Magna Grecia. Lingua, insidiamento e strutture*, Venosa, 1990, pp. 161 ss.

²³ A. Pontrandolfo, *op. cit.*, p. 372.

²⁴ A. Pontrandolfo, *op. cit.*, p. 373.

²⁵ M. Almagro Gorbea, «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro», *TP* 35, 1978, p. 263, lám. IV, 1.

²⁶ A. Blanco, «Un jinete ibérico de Cástulo», *Lucentum* II, 1983, pp. 199-202.

²⁷ J. M. Blázquez, «Iberian Art with Greek Influence: The funerary Monument of Jumilla (Murcia, Spain)», *AJA* 92, 1988, pp. 503-508, figs. 1-3. Id., *Feni-*

cios, griegos y cartagineses en occidente, pp. 452-458. Sobre la heroización de la península ibérica, cfr.: J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas. Religiones prerromanas*, pp. 116-134, 163-170, 210-213; *Religiones en la España Antigua*, Madrid, 1991, pp. 199-262.

²⁸ Sobre la guerra y la muerte, cfr.: J. Prieur, *La mort dans l'antiquité romaine*, Paris, 1986 con abundante bibliografía.

²⁹ A. Rouveret, *op. cit.*, p. 327.

³⁰ Otra escena muy parecida, retorno del guerrero, seguido de un servidor se repite en la lastra de la tumba 86 de la necrópolis de Andriuolo: cfr. S. de Caro, *op. cit.*, p. 312.

³¹ A. Rouveret, *op. cit.*, p. 331; K. Papaioannos, *op. cit.*, p. 55.

³² J. M. Blázquez, *op. cit.*, p. 210, il. 138.

ria. En este sentido en Obulco fue hallado un carro –una biga, probablemente– que quizá participara en el ritual funerario. Las competiciones de bigas eran parte fundamental de estos juegos y están codumentadas tanto en Micenas (estela funeraria fechada en torno al 1600)³³ como en la Grecia arcaica (Vasos de Dipilon y crátera ática del pintor Sófilos, de comienzos del s. VI, con las funerales de Patroclo)³⁴, en Etruria (Tumba de las Olimpiadas y del Colle Casuccini, en Chiusi)³⁵ y en la Magna Grecia (Paestum, s. IV)³⁶, tumba 24/1971 de Andriuolo³⁷.

Por otra parte los pugilistas de Obulco corresponden a sus congéneres de las pinturas de la Magna Grecia (como los de la Tumba 24/1971 de la citada necrópolis de Andriuolo) y los de la Tumba de los Augures, de la Scimmia³⁸ y de las Bigas en Etruria³⁹.

Ni en las esculturas de Obulco, ni en las de Urso se representan danzas fúnebres mencionadas, sin embargo, como parte del ritual funerario en el citado texto de Livio referente al año 212 a.C. y tan frecuentes en el arte etrusco⁴⁰. Sí aparece –por el contrario– una *auletrix* en Osuna⁴¹ lo que indica que a veces estos rituales de combates iban acompañados de música, como sucedía en Etruria o en la Magna Grecia.

CONCLUSIONES

De todo el material examinado, se deduce que los combates de gladiadores celebrados por los romanos en el 207 a.C., tenían precedentes en los rituales fúnebres hispanos documentados en Obulco, Illici y Osuna y que eran de parecido significado a los celebrados en Etruria y la Magna Grecia.

Estos enfrentamientos gladiatorios constituyen el mejor exponente del alto *status* social alcanzado por los personajes enterrados, así como de su conciencia de pertenencia a una privilegiada aristocracia. Como en las ciudades de la Magna Grecia o, más tarde, en la propia Roma, los combates de gladiadores (junto a otras formas de los *ludi funebres*), como el cortejo y la ceremonia fúnebre formaba parte de la popularidad y del prestigio de los más poderosos y, desde luego, una forma de distinguirse del resto de la comunidad.

Deben ser, por lo tanto, considerados en consonancia con la importancia del monumento funerario (monumento turriforme de Pozo Moro y Urso y los desconocidos de Illici y Obulco) y, probablemente también de su rico ajuar. Tanto, pues, el elevado coste económico del monumento funerario como del posible ajuar y de la rica variedad de combates guerreros celebrados tras las exequias ponen de relieve el poder económico de esta élite.

Constituyen los jefes enterrados en Obulco, Urso, Pozo Moro e Illici un grupo de régulos o aristócratas indígenas emparentados con Kolichas o Colchas (que, según Livio 28, 13, 1 era dueño, en el año 209 a.C. de más de 28 ciudades) y con Luxinio (del que dice Liv. 33, 21, 6 que

³³ P. Demarque, *Nacimiento del arte griego*, Madrid, 1964, p. 185, fig. 255.

³⁴ M. Robertson, *La peinture grecque*, Genève, 1959, p. 58.

³⁵ S. Steingräber, *op. cit.*, p. 123; M. Moreti, *op. cit.*, pp. 108-109, 116-117, 128.

³⁶ R. Bianchi Bandinelli - A. Giuliano, *op. cit.*, fig. 232.

³⁷ A. Pontrandolfo, *op. cit.*, p. 363. En tumbas de Arpi, fechadas en los últimos decenios del s. IV, se

representan una cuadriga con un joven palafrenero y dos jinetes y en otras de Egnatia, de la segunda mitad del siglo IV, un escudero junto a un caballo: cfr. E. M. De Juliis, *L'origine delle genti iapigie e la civiltà dei dauni*, figs. 605-608, 700) y tumba 53.

³⁸ S. Steingräber, *op. cit.*, pp. 193-194.

³⁹ S. Steingräber, *op. cit.*, pp. 296-297.

⁴⁰ S. Steingräber, *op. cit.*, *passim*.

⁴¹ A. García y Bellido, *Arte ibérico*, p. 544, figs. 272-273.

reinaba en Carmo y Bardo)⁴² y que fueron probablemente heroizados, al igual que los jinetes de las tumbas itálicas⁴³.

Vivían –acorde con su condición social– rodeados de gran lujo. Con la muerte de Moenicapto y Vismaro, los romanos capturaron *aurei torques armillaeque magnus numerus*. Polibio (Athen., 16 c) habla de un régulo turdetano que tenía una habitación repleta de cráteras de oro y plata y Ateneo (2, 44 c) siguiéndole, alude al lujo –en oro, plata y vestidos– de los régulos turdetanos.

Sus palacios serían, seguramente, del tipo de los de Cancho Roano (Badajoz)⁴⁴.

La guerra y la caza eran las principales ocupaciones de estos grupos. Respecto a la primera, Estrabón (III, 4, 5) escribe: «*llevan una vida de continuas alarmas y asaltos, arriesgándose en golpes de mano, pero no en grandes empresas*»; una buena prueba de ello es que la escultura ibérica y turdetana ha llegado hasta nosotros destrozada a causa de estas feroces luchas intestinas.

Respecto a su actividad deportiva, preparatoria de la guerra, sigue diciendo Estrabón: *Practican luchas gimnásticas, hoplíticas e hípicas, ejercitándose para el pugilato, la carrera, las escaramuzas y las batallas campales* (III, 4, 5). A estas modalidades deberíamos añadir también la caza, reflejada en los relieves de Obulco de la misma forma que, en Italia, en las pinturas de las tumbas; uno de los relieves de Obulco representa a un cazador acompañado de su perro, sosteniendo una liebre, mientras un segundo lleva, junto a una cierva, unas perdices⁴⁵.

Por último llaman la atención en los relieves de Obulco, algunos aspectos ideológicos de carácter religioso. En ellos se representan, en efecto, luchas o escenas mitológicas que debieron ser familiares a los régulos y aristócratas. Así una gripomaquia en la que un varón, sin armas, lucha contra un grifo (tema cantado por Aristeas de Proconeso, en la segunda mitad del s. VII a.C., y después por Píndaro, Esquilo, Hecateo de Mileto y Helánico pero que los artistas no trataron, salvo los áticos de comienzos del s. IV). Quizá los oretanos conocieran un mito parecido, aunque no puede descartarse tampoco que los focenses lo trajesen consigo al Occidente y fuera asimilado más tarde por las poblaciones indígenas o quizá, sólo por las élites más poderosas.

Consideramos, en efecto, que la gripomaquia de los relieves de Obulco, como el mito de Gishgamesh o la quimera y el banquete infernal del monumento de Pozo Moro o la diosa de la adormidera de Illici, fueron representados en los monumentos funerarios al ser los miembros de la aristocracia quien primeramente los asimilaban estas tradiciones de origen oriental (sirio) o grie-

⁴² Conocemos otros caudillos, además de éstos, como Moenicapto y Vismaro, famosos régulos galos que murieron en una batalla entre romanos y cartagineses: cfr. M. L. Albertos, *op. cit.*, pp. 158-159, 253. También *Calbus, nobilem tartesiorum ducem* derrotado en el 216 por Asdrúbal: cfr. Liv. 23, 26 y M. L. Albertos, *op. cit.*, p. 276. En las proximidades de Turba, fueron vencidos por los romanos, en el año 196 a.C., los jefes Budar y Besadin: Lib., 23, 26.

⁴³ La divinización de caudillos o personajes socialmente destacados está atestiguada en la península ibérica en los cultos rendidos a Aletes, descubridor de las minas de Cartago (Pol. 10, 10, 3) y al general romano Q. Cecilio Metelo, que recibió dichos honores en Córdoba, según Sall., *Hist.*, 2, 70 y Val. Max. 9, 1, 5.

⁴⁴ J. M. Blázquez, *Primitivas religiones ibéricas. II: Religiones prerromanas*, Madrid, 1979, pp. 235-238; F. López Pardo, «Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)», *Gerión* 8, 1990, pp. 141-161; M. Almagro Gorbea - A.

Domínguez - F. López Zambite, «Cancho Roano, un palacio orientalizante en la península ibérica», *MM* 31, 1990, pp. 251-301) y no falta el testimonio de Estrabón sobre la riqueza de la Turdetania en época de Amílcar. Sobre la monarquía hispana prerromana, cfr. J. Caro Baroja, «La realeza y los reyes de la España Antigua». *Estudios sobre la España Antigua*, Madrid, 1971, pp. 125-159.

⁴⁵ La caza era abundantísima en la península ibérica, según Estrabón III, 2, 6 y no tenía finalidad económica, sino sólo deportiva. Uno de los autores de la *Historia Augusta*, obra de finales del s. IV d.C., considera un rasgo típico de los hispanos, su afición a la caza (*SHA, Tyr. Trig.*, 30, 18). La caza era una ocupación frecuente de los monarcas helenísticos: baste recordar las escenas del llamado sarcófago de Alejandro Magno (fechado entre los años 325 y 311, hallado en la necrópolis real de Sidón) o los mosaicos de Pella, capital de Macedonia (con cacerías de león y cierva, fechados entre los años 330-300).

go. Las relaciones mantenidas directamente entre estos grupos privilegiados y los colonos en orden a establecer regularmente transacciones económicas y mercantiles, favorecieron sin duda esa rápida asimilación iconográfica de contenido religioso.

Es más: en Obulco tenemos una escultura que representa a un hombre, envuelto en amplio manto, con las manos cubiertas por el paño ritual y con los antebrazos dirigidos hacia adelante; se adorna con dos joyas: un brazalete en el hombro y un collar al cuello, con colgante. Las manos cubiertas denotan un rito de procedencia oriental y prueba que aquél se disponía a hacer un sacrificio y a actuar como ministro del dios. Su presencia entre las restantes esculturas pone de manifiesto el papel desempeñado por los sacerdotes en la sociedad oretana, siendo, probable, además, que perteneciese a la misma aristocracia.

Aunque las escenas de lucha de carácter funerario también son conocidas en el mundo clásico y helenístico griego⁴⁶, el Mausoleo de Halicarnaso, del 350 a.C.⁴⁷, o el llamado sarcófago de Alejandro⁴⁸, no parece que haya existido una influencia sobre los relieves de Obulco –como los de Osuna y Elche– que reproducen, pues, los rituales fúnebres equivalentes a los combates gladiatorios, en fecha anterior a la II guerra púnica.

Universidad Complutense
Madrid

J. M. BLÁZQUEZ
S. MONTERO

⁴⁶ Baste recordar el Monumento de las Nereidas de Xanthos, obra del 400 a.C.: K. Papaionnou, *op. cit.*, figs. 143-145.

⁴⁷ K. Papaionnou, *op. cit.*, fig. 147.

⁴⁸ J. Charbonneaux y otros, *Grecia helenística*, Madrid, 1971, p. 237, fig. 250. J. J. Pollit, *Art in the Hellenistic Age*, Cambridge, 1986, pp. 43, 45, fig. 37.